

viene contextualizado por el análisis del empleo anterior a Quevedo. Y sobre este empleo se destacará la novedad aportada. La conclusión a la que se llega, después del estudio de estos cuatro rasgos estilísticos, es: poca novedad en cuanto al léxico y al hipérbaton; intensificación y violentación en el caso de las recurrencias sintagmáticas; aparición del epíteto conceptista.

Como puede apreciarse, en el trabajo hay una progresiva reducción de las parcelas examinadas, que van desde las cuestiones histórico-literarias más generales del primer capítulo hasta las cuestiones más lingüísticas del último, pasando por las temáticas del segundo. Ahora bien, la necesidad de constantes referencias a problemas de historia literaria y de estilística en cada uno de los apartados muestra la riqueza del planteamiento y la exigencia de vastos conocimientos para un análisis de la desautomatización que todo autor opera dentro de la tradición en la que se inserta. Y ésta es la mejor forma de ver a un autor en su época, evitando, consiguientemente, el anacronismo crítico de la atribución de una excesiva modernidad a un autor pasado, y el anacronismo de su explicación exclusiva por lo que debe a tiempos pasados. Un autor se comprende a partir de su época, dentro de la que conjuga elementos tradicionales y elementos innovadores. «Quevedo ni es tradicional, ni es moderno; es un hombre de su siglo» (pág. 15).

El trabajo de José María Pozuelo Yvancos, que tan ampliamente acabamos de resumir, sugiere algunas reflexiones que pueden ser útiles al teórico de la literatura, al crítico literario y al historiador. La primera, y ésta se desprende del mismo carácter del trabajo, es si es legítimo esforzarse en separarse de forma tajante cada una de estas disciplinas dentro de los estudios literarios, hasta llegar, incluso, a darse frecuentemente las espaldas. El estudio que hace José María Pozuelo sobre un autor pasado muestra, por el contrario, cómo salen beneficiadas todas las disciplinas literarias de una conjunción coherente y fructífera. Pues, como se ha podido observar, en el trabajo que venimos comentando hay una sólida base teórico-literaria, que es la que cohesiona constantemente todos los análisis e interpretaciones. Esta base está en el concepto de desautomatización, que, formulado por los formalistas rusos, tiene, en la caracterización de Pozuelo, evidentes puntos de contacto con la posterior estilística contextual (Riffaterre) y con la más moderna teoría del texto (García Berrio). Ahora bien, creo que la importancia reside menos en qué concepto teórico se adopte—punto en el que se pierden muchas discusiones—como en la inteligente utilización del mismo. Pues pienso que lo mismo que Pozuelo ha utilizado magistralmente el concepto de desautomatización, se hubiera llegado a resul-

tados muy similares con la utilización del concepto de *intertextualidad*. En este caso, la intertextualidad como fenómeno de afirmación de otro texto correspondería al ingrediente tradicional, mientras que el aspecto del texto como negación de textos anteriores correspondería al ingrediente renovador o innovador. Con esto no estoy diciendo que piense que cualquier teoría puede valer, sino que una teoría es necesaria para que el estudio tenga mayor coherencia, y que no hay que obsesionarse demasiado con la discusión teórica. Antes bien, una vez perfilado un concepto claro hay que pasar inmediatamente a su comprobación práctica con el estudio concreto de la literatura, tal y como hace José María Pozuelo. En este sentido su trabajo es un modelo de cómo ilustrar un concepto teórico-literario.

Por otro lado, el trabajo muestra cómo el interés por la historia literaria puede estar motivado por razones distintas de las del historiador positivista. En este sentido, la teoría literaria da una nueva luz a la historia literaria. Por eso es ilustrativa la actitud distinta que José María Pozuelo adopta ante un problema, tan central en la historia literaria hasta ahora, como el de las fuentes. Dice: «Más que afirmar fuentes seguras, contribuye a la explicación del lenguaje poético de un autor del XVII la puesta en evidencia de este fenómeno de recurrencia en el tópico y de cultura común, que determinó la existencia de una macroestructura semántica sorprendentemente común a varios poetas y, por ende, enormemente objetualizadora y automatizadora» (pág. 93). De esta forma puede ocurrir que algunos problemas que se plantean como centrales en la historia literaria pierdan su interés, incluso su naturaleza problemática, en ciertos períodos de la literatura, si se tienen en cuenta algunas conclusiones a que llega la teoría literaria sobre la naturaleza del hecho literario.

El trabajo de José María Pozuelo sugiere igualmente algunas conclusiones que debe tener en cuenta la crítica literaria. Fernando Lázaro Carreter, en la introducción a la reciente publicación de una colección de escritos de Leo Spitzer sobre literatura española, se hacía eco de la situación próxima al hastío producida por la inflación metodológica actual. Al mismo tiempo sugería una mayor atención a los problemas que estaban en el centro de la filología, entendiendo que «lo esencial de la actividad filológica es la exactitud de los datos y de su interpretación, controlada por la historia aunque sin hacerse historia». Por supuesto que esto no significa la preconización de una actitud ametódica; antes al contrario, las relaciones entre filología y cualquier metodología quedan establecidas de la siguiente manera: «La posición de base que la filología ocupa la hace compatible con múltiples metodologías, pero a la vez las

supedita férreamente, hasta el punto de que, si entran en conflicto con ella, habrán de resignar sus resultados como falsos. Se trata del sentido común mismo, pero es sabido cuánto escasea»<sup>1</sup>. Pues bien, creo que el estudio de José María Pozuelo es ejemplar a la hora de ilustrar cómo una teoría—en este caso una teoría sobre el funcionamiento poético del lenguaje—debe ser contrastada con la historia literaria. Pero creo que también es ejemplar a la hora de ilustrar cómo los datos históricos pueden ser mucho mejor comprendidos a la luz de una teoría.

Otro de los problemas relacionados con la crítica literaria que el trabajo de José María Pozuelo plantea y resuelve, aunque de una manera implícita—no constituye objeto primordial de su investigación, pero está en la base de sus tesis—, es el de la lectura de autores pasados. Frente a valoraciones que sitúan a Quevedo como el último de los trovadores (O. Green), o como el autor de un poemario moderno, original y antecedente existencial de no pocos logros modernos (D. Alonso), ya vimos cómo Pozuelo considera a Quevedo como un hombre de su siglo. Y es que la oposición entre tradición y modernidad es «inválida críticamente para considerar cualquier fenómeno poético (que es tanto tradición como respuesta innovadora)» (pág. 15). Volvemos a encontrar aquí un ejemplo de la necesidad de control de la crítica por parte de la historia, es decir, una muestra del sentido común reclamado por Lázaro Carreter.

Creo, en definitiva, que el trabajo de José María Pozuelo es un modelo crítico de cómo a partir de un concepto teórico explicar *coherentemente* una parcela de la obra de un autor en todos sus niveles (histórico-literario, estilístico). Pienso que también es un modelo de cómo las investigaciones histórico-literarias pueden perfilar un concepto teórico-literario. En fin, el libro muestra cómo en la crítica es necesario el apoyo mutuo de teoría e historia literarias. De esta forma se puede llegar a una salida para la inflación teórica, lo mismo que para el positivismo paralizante en los estudios literarios. Es necesario, por todas estas razones, que se escriban muchos libros como éste, aunque van a exigir del lector una atención tanto a la teoría como a la historia literarias. El historiador literario tendrá que interesarse por la teoría literaria, y el teórico literario tendrá que contrastar sus construcciones y conceptos con la historia literaria.—JOSE DOMINGUEZ CAPARROS (*Universidad Nacional de Educación a Distancia. MADRID*).

<sup>1</sup> Véase «Introducción» a LEO SPITZER: *Estilo y estructura en la literatura española*, Barcelona, Crítica, 1980, pág. 12.

MICHELE GENDREAU: *Héritage et création: Recherches sur l'humanisme de Quevedo*. Lille-Paris, Université de Lille-III, Librairie Honoré Champion, 1977.

Hoy por hoy resultan tan sumamente escasos los estudios sobre el humanismo en general y, por supuesto, acerca del humanismo quevediano en particular, que han de recibirse con la consiguiente predisposición cuantos trabajos supongan aportaciones para ir recubriendo esa laguna, quizá una de las más inmensas en el panorama de la historia de las letras occidentales. No obstante, junto a la predisposición de entrada que suscitan las investigaciones antedichas, existe una reserva inicial derivada del convencimiento de que la mole erudita que desafía al crítico es ciclópea y las posibilidades de conmoer, siquiera parvamente, esos cimientos para que se descubran facetas sepultadas también es de proporciones excesivas, no ya para Michèle Gendreau, sino para quienes se considerasen más preparados.

Por estas razones, *Héritage et création* ha de recibirse con plácemes, pero ha de ser cautelosamente leído, y no por prejuicios ante un hispanista que merece felicitaciones por el hecho de adentrarse en tarea tan difícil, sino por las magnitudes descomunales del objetivo. De cualquier manera, la autora posee unas bases suficientes para emprender esas «Recherches», aunque tal vez no para culminarlas de modo satisfactorio, pues una labor así parece más propicia como remate de una vida de investigación que como comienzo de la misma. Con todo, los frutos obtenidos devengan cierta utilidad, no en balde se partía de un bagaje mínimo para acometer la investigación, pues Michèle Gendreau lleva interesada en Quevedo más de una década: no se olvide que ya en 1970 defendió en París, como tesis del tercer ciclo, el trabajo *Quevedo traducteur des deux Sénèque*.

Michèle Gendreau concentra sus búsquedas en un marco acotado previamente, en el que se eliminan del horizonte investigable no sólo las piezas dramáticas de Quevedo, sino también las obras poéticas y la producción novelesca. Además de esta restricción genérica, se dejan al margen los escritos de tono panfletario y aquellos que dependen de circunstancias muy concretas, como *Grandes anales de quince días* y *Anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu*. Ha de admitirse que esta especie de «licencia» que se toma la autora únicamente cabe justificarla como alivio de un trabajo tan arduo, porque la vertiente humanística de Quevedo se refleja en casi todas sus creaciones y, por descontado, en la obra en verso y en la narrativa, amén del epistolario. Por tanto, el libro arranca con un hándicap de principio, falla que luego va a impedir se redondeen las afirmaciones que se suceden a lo largo de cada capítulo